



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—Mírelas usted, señor Armendáriz: son hermanas gemelas.

—Ahora me explico por qué se paran todos los días en ese escaparate. ¡Se pirran por los gemelos!

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



**PAPEL
DE
FUMAR**

BAMBÚ



**LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER y COMP^a**

SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, S., Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

BASES PARA EL CONCURSO DE OCTUBRE

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a

nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de octubre, insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN

HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de noviembre se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

1.—Los últimos vuelos.

Propuesta
M O D O E T E

2.—Un tío con apetito.

SOL
MATORRAL
500

3.—Charada

—No me segunda prima. Ese cuarta tercia está siempre prima tercia cuarta. Por eso no puede tener nada de bueno, a pesar de ser tan todo.



De London Opinion.

EL.—Hace un momento me he tirado una plancha. A un caballero le he dicho que el dueño de esta casa debe ser muy tacano, porque da un baile sin champagne, y... precisamente él era el dueño.

ELLA.—¡Ah, sí! ¡Mi marido!



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

4.—No nos quedan más

||
A
1 0 0 0
CASTA
||

Cupón úm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre

Ayuntamiento de Madrid

5.—¿Qué es de tu obra?

AY
Mediodía RP Mediodía
Norte T Poniente

6.—¿Y qué habéis cazado?

||
SIGNO
|||

7.—Charada

—¿Es usted zapatero?
—Sí; tengo el prima tercia ahí, al final de la prima segunda, en el todo.



De The Passing Show.—Londres.

LA ADIVINADORA.—Veo una mujer alta y delgada entre usted y su marido; ella le sigue por todas partes donde él va.

LA CLIENTE.—Lo siento por ella: mi marido es cartero.

La juventud se conserva



INDEFINIDAMENTE
 bebiendo todas las mañanas una pequeña cantidad de la
INCOMPARABLE

AGUA DE CARABANA

ANTONIO ROLDAN

Esta prestigiosa Casa, instalada en el núm. 48 de la calle Mayor, es una verdadera especialidad en figuras para regalos, objetos de arte y fantasía, vajillas, cristalería.

Expendeduría núm. 6

Esta céntrica y popular expenduría de tabacos, instalada en el número 37 de la calle Mayor, cuenta con gran surtido de tabacos habanos, filipinos, peninsulares y toda clase de efectos timbrados.



De The Passing Show.—Londres.

—¿Por qué le pega usted así al niño?
 —Porque mañana por la tarde me va a traer las notas del colegio y yo tengo que salir de casa por la mañana, antes de almorzar.

CUPON

correspondiente al núm. 305 de

BUEN HUMOR
 que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

AGENTE DE PUBLICIDAD
 PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA

Indra Perla

Collares, Gargantillas, Sautoires, Pendientes, Botones de Pechera, Adornos de Cabeza, Pulsera, Perlas para Vestidos.

SE COMPRAN ALHAJAS
Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

Hay ascensor.—Teléfono 14466

CLICHES

se venden a precios módicos los publicados en este semanario

«FLORECALIA»

RICARDO GARCIA

Nuestro gran amigo D. R. Garcia, ha acreditado ventajosamente su bien surtida Droguería y Perfumería instalada con verdadero gusto en Fernando VI, 10
 Teléfono 34370

Casa Jiménez

primera casa en España en

Aparatos fotográficos

accesorios, placas, papeles de todas marcas.

Preciados, 58 y 60

Radiotelefonía

SUPERHERODINOS

A CINCO PESETAS

ROMERO Fuencarral, 68

Ferretería, batería de cocina, cubiertos, jaulas, termos, cuchillos, herramientas, candados y cerraduras de seguridad

Damián Rodríguez Torres

Hortaleza, 28 e Infantas, 3

Casa Redondo

Comedores, alcobas, camas doradas, muebles de ocasión.

Luna, 13 (esquina a Silva)

Teléfono 50983

EL REY DEL ORO
 EN HOJAS

El rey de las brochas

ZOILÓ GONZALEZ

8, Corredera Alta, 8

DANDY

Crema para el calzado, brilla más que el Sol.

Fabricante:

DON MANUEL FERNÁNDEZ

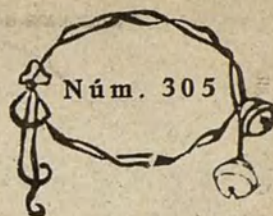
Carrera de S. Jerónimo, 14

Pedro Orcasita

ALMACEN DE FERRETERIA

Esparteros, 10.—Teléfono 13366

Especialidad en efectos de cocina, peroles, marmitas para colegios. Material eléctrico. La preferida por el público que encuentra en ella cuanto apetece a los precios más ventajosos.



CHARLAS DOMINICALES



CTUBRE es el *bedel* del año universitario. Le corresponde la misión de abrir la puerta de las aulas. ¡El curso ha comenzado!

Y lo primero que se nos ocurre exclamationar es esto: "¡Pobres estudiantes!".

El estudiante es un ser poco conocido por sus conciudadanos. La mayor parte de las gentes creen que el estudiante es un muchacho alegre, simpático, dicharachero y poco estudioso. Es decir; que el estudiante es un joven holgazán, dedicado a perseguir modistas, comer bocadillos en los bares, asistir a los *cines* y no mirar un libro ni en broma...

¡Cuán equivocados están los que así piensan!

El estudiante, si quiere figurar como tal, lo primero que ha de hacer es matricularse. ¡Ahí es nada!... ¡Matricularse!

Tan sencilla operación supone sacar una de documentos oficiales que dan miedo. Partida del Registro civil. Certificado de vacuna. Título de Bachiller. Papel de pagos al Estado. Cédula personal..., etc., etc.

Total: un mes de visitar oficinas, secretarías, estancos y demás locales burocráticos. Esto, sin contar el tiempo empleado en adquirir *pólizas*, que son unas doscientas, pues es preciso llevarlas adheridas hasta en la nariz del futuro alumno.

El éxodo en busca de documentación es interminable. En los estancos no hay papel de matrícula, o si lo hay, es de cincuenta céntimos cada pliego, lo que exige llevar una resma por asignatura.

Y acabadas estas operaciones, es fuerza que el alumno se presente en la Universidad, haga cola, se enfrente con un oficial

de Secretaría, por lo general hombre áspero y despectivo, cuya misión parece la de buscar algún detalle que dificulte la matrícula del infeliz muchacho, allí presente, y que por extraña casualidad es uno de los que contribuyen a pagar el sueldo del aludido secretario.

No paran ahí los quehaceres del neófito siervo de Minerva. Concluidas las idas y venidas, pasados los sudores y gastadas algunas pesetejas en propinas suavizantes para que ande la máquina burocrática, aun le queda al estudiante la obligación moral de asistir al Paraninfo, presenciar el acto de la apertura del curso, tragarse el discurso correspondiente, y sufrir la vergüenza de no

oír su nombre entre los de los alumnos premiados durante el curso anterior...

¡Y aun falta lo más grave!...

Lo verdaderamente terrible es la adquisición de los correspondientes *textos*.

Que si éste, que si el otro, que *apuntes* por aquí, libros por allá; y duros por todas partes.

El pobre estudiante visita las librerías, las *ferias* de Atocha, los amigos que estudiaron los mismos *textos*...

¡Claro que esto último resulta inútil!... ¡Buen cuidado tienen los catedráticos en alterar algunas *páginas* para que no quepa la *marlingala*!... Lo que el infeliz alumno trabaja en esta labor de rebusca es verdaderamente fatigoso.

Y todavía le queda lo de asistir de vez en cuando a clase; y lo de enterarse de qué días *pasan lista*; y lo de contestar *por otro*; y cien detalles más, todos de escolar naturaleza.

¿Me quieren usted decir cuándo el muchacho va al *cine*, ni cuándo piropea a las modistas, ni cuándo juega a carambolas?... Y si lo hace, bien ganado se lo tiene.

Desde que llega a Madrid, a primeros de octubre, no descansa. Matrículas, documentos, visitas, aperturas, sesiones, *textos*...

¿Qué quieren ustedes?... ¿Que, además, los estudie?... ¡Eso ya es pedir demasiado!

¿Qué asista diariamente a clase?... Pero ¿es que eso lo hace el catedrático propietario de la Asignatura, o lo hace un *auxiliar*?...

Bueno; y ¿por qué el estudiante no ha de tener también un *auxiliar*?...

—¡Nada, nada; el público no conoce bien lo que es un estudiante!

Y exige demasiado.



Dib. SILENO.—Madrid.

LUIS DE TAPIA

UN MATRIMONIO FELICISIMO

El rey de Camelovaquia, que era un monarca simpático y estaba, como un cualquiera, completamente casado (con arreglo a la liturgia del rito camelovaco), fué de lo más infeliz y de lo más desgraciado y de lo más "primavera" que se conoció en el ramo de maridos (de maridos más o menos coronados).

De su primera mujer se separó con escándalo, porque se metía en todos los negocios del Estado y en otros bastante oscuros, que no son para nombrados en las públicas columnas de este casto semanario. Se casó con la segunda y se divorció en el acto, también por motivos serios que igualmente nos llamamos. Se arrancó con la tercera, y le salió un marimacho que no le abofeteó por verdadero milagro y porque, en lugar de tortas, le atizaba bastonazos, que, según ella decía, era más cómodo y rápido.

Así es que el pobre señor, en vista de sus fracasos, exclamó un día: —¡Dios mío!,

¿no habrá en el orbe terráqueo un matrimonio feliz, para verlo y admirarlo y darle después un premio de los más extraordinarios?

Y nombró una comisión compuesta de siete sabios para que corriera el Mundo sin cesar, hasta encontrarlo.

Al cabo de mucho tiempo (creo que catorce años) regresaron a la corte los siete comisionados; y, sin lavarse la cara, ante la urgencia del caso, diligentes y contentos presentáronse en palacio.

—¡Gracias a Dios!—dijo el rey—.

¿Al fin habéis encontrado un matrimonio feliz?

¡Porque ya me iba escamando de que no lo encontraríais al ver que tardabais tanto!...

—¡Sí, señor!—dijeron todos—.

¡Al cabo, lo hemos hallado!

—¿Dónde?

—En España: en un pueblo al que le llaman Betanzos.

—¿Y son felices?

—¡Del todo!

Hemos recogido datos del médico, del alcalde, del cura, del vecindario, y, naturalmente, de

los propios interesados; y todos están conformes en que no se ha visto un caso como el de estos dos esposos: siempre riendo y cantando, siempre dándose pellizcos, siempre atizándose abrazos, siempre bailando muñeiras y siempre dando trabajo al comadrón del lugar, pues largan cada año un vástago, cuando no han largado dos o tres, y hasta una vez cuatro...

—¿Y han consentido en venir para que los vea?

—¡Claro!

Con la esperanza del premio, ni un momento vacilaron.

—¿Dónde están?

—En la antecámara,

por cierto, algo contrariados, porque les mandó un ujier limpiarse allí los zapatos y no saben cómo hacerlo porque han venido descalzos.

—Pues que pasen ahora mismo

—ordenó el rey. Y pasaron

un gallego, una gallega

y diez o doce muchachos,

todos alegres, rollizos,

sonrientes y encantados.

—Vamos a ver, con franqueza...

—dijo el rey camelovaco—.

Me han dicho que sois felices...

—¡Muchí!—contestaron ambos.

—¿Y no habéis tenido nunca un disgusto?

—¡Ni soñarlo!

—¿Os queréis?

—¡Y nos querremos

hasta el día que muramus!

—¿No te engañó tu mujer?

—Nun la conviene el engaño, porque saldría perdiendu y ella lo sabe.

—¡Qué raro!

¿Y cuántos años lleváis de matrimonio tan santo?

—¿De matrimoniu?...—dijeron

los gallegos, asombrados

y acabando por echarse

a reír, con gran escándalo,

en las barbas del monarca—.

¡Pues si no estamos casados!...

—¡Ahora lo comprendo todo!

—dijo el rey, estupefacto,

abriendo una boca enorme

y echando por ella un taco—.

Si estos sabios de mi corte

fueran, en efecto, sabios,

hace tiempo que ese truco,

tan sencillo y tan barato,

se les hubiera ocurrido

y yo lo habría empleado.

¡Porque no hay otra manera!...

¡Lo acabo de ver bien claro!...

EL NARRADOR



—Es un bandido feroz; un día cogió a un pobre chico y se lo quiso comer vivo...

—¿Se llegó a evitar?

—¡Cá! Cuando fueron a auxiliarle, ya tenía más de medio chico en el cuerpo.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. ALFARAZ.—Madrid.



Dib. SORAVILLA.—Madrid.

—¿ii...!!?

—Otra vez, escondeos tras otro árbol más grueso, porque en esta ocasión se os ha visto el plumero.

MI GRAN AVENTURA

La verdad de lo que es el Infierno

NARRACION EN TRES PARTES

PRIMERA PARTE

CONVERSACIÓN CON EL CASERO
Y FALLECIMIENTO

Cuando ayer caí enfermo con una inflamación en la mejilla derecha, todo el mundo dijo que no tenía más que un flemón, pero yo comprendí perfectamente que la hora de mi fin había sonado en el reloj de cuco de la Eternidad.

Por eso mi primer cuidado fué hacer llamar al casero. Vino rápido e ingrátido pensando que iba a satisfacerle los cinco recibos pendientes.

—Don Felipe—le dije al verle—, esto se ha acabado.

—¿Va usted a pagarme?—indagó tremante.

—No, señor. Le he avisado para decirle que ha hecho usted el indostán, porque yo me muero y los recibos se los va a pagar Rita, "la cantaora".

Su semblante adquirió palidez cerial.

—Piense usted—dijo—que, además

del de este mes, tiene usted cuatro recibos pendientes. Soy capaz, en vista de que se halla enfermo, de perdonarle el recibo de este mes, pero ¿quiere usted decirme lo que hago con los pendientes?

—Regalárselos a la señora.

Y dicho ésto, fallecí.

Eran las dos de la tarde y los niños cruzaban las calles en dirección a sus colegios, jugando al "paso y la uva".

MI CONCIENCIA, UN CIGARRILLO TURCO.—LUZBEL.

Y en seguida de morir, como la inmortalidad del alma no es ningún camelo, me puse a considerar que no tardaría en hallarme en presencia del Tribunal que había de juzgar mis actos pasados.

Todos los teólogos lo saben: ese Tribunal que nos juzga inmediatamente después de morir, está constituido por nuestra propia conciencia.

Una dama vestida de *crepé*, ceñida

en una capa de cachemira y los cabellos rubios envueltos en un cintito de brillantes, se acercó a mi cama. La dama era hermosa como los alrededores del lago Michigan y esbelta como una pipa de opio.

—Hola, Enrique—me dijo—. ¿Sabes quién soy?

Me alcé de hombros groseramente sin contestar.

—Soy tu conciencia—habló la dama—y vengo a juzgarte.

Después de ésto se sentó en un cojín, cruzó una pierna sobre la otra y sacó una cajita de "Abdullas".

—¿Quieres?—dijo brindándome un cigarrillo.

—No me gusta el tabaco turco.

—Allá tú.

Y la dama acercó el cigarrillo a uno de los fuegos fatuos que flotaban por la alcoba y lo encendió.

—Voy a juzgar tus actos.

—¿Los de zarzuela o los de comedia?

—Signió sin hacer caso de aquella burla rupestre.

—Tú—exclamó poniéndose seria—has hecho en el mundo muchas barbaridades.

Asentí.

—Has destrozado el corazón de nueve mujeres y has traicionado a siete amigos. Has leído los artículos de Giménez Caballero y has convidado a *vermouth* a bastanta gente. Dejas en el mundo tres hijos naturales, algunas obras de teatro y centenares de artículos.

—Sí—murmuré.

—Pues bien: todo eso hay que pagarlo en esta vida, que es la que tú llamabas "la otra" cuando estabas en la otra.

Al llegar a este punto, me hice el lio pero me dió vergüenza declararlo.

—En efecto; eso es justo—repliqué—. Pero ¿cómo he de pagarlo?

—Yendo al infierno—repuso mi conciencia, mientras se estiraba una de las medias de gasa con un ademán elegantísimo.

—¿Al infierno? ¿Pero el infierno existe?

—Mi conciencia se había levantado y hojeaba unos libros que había sobre una mesita. Tuve que sacarla de su ensimismamiento.

—¡Oye! ¿Pero el infierno existe?

Volvió la cabeza y rió, enseñando una dentadura maravillosa.

—¡Naturalmente!—exclamó—. ¿Cómo no va a existir el infierno?

Y haciendo una transición, me preguntó mientras señalaba uno de los libros que había hojeado:

—¿Me dejas esta novela? Parece interesante...

—Llévatela.

—Pues sí—exclamó volviendo a mi lado, con la novela bajo el brazo y lanzando al techo un chorrillo de humo perfumado—, el infierno existe, y el número de mortales que va a él es extraordinario.

—Y verdaderamente ¿es eterno como me enseñaron en la escuela?

—Eterno, sí. El que entra allí, no sale jamás.

—Ocurre lo mismo en el Cuerpo de Abogados del Estado. ¿Sigues rigiéndolo Satanás?

—Sigue él, sí. Satanás, Lucifer, Mefistófeles, el Diablo, el Demonio... Su verdadero nombre es Luzbel; hay quien dice que los demás son pseudónimos que utiliza para pasar inadvertido.

—¿Y las calderas y el fuego, todo sigue igual?

La dama exquisita, que era mi conciencia, volvió a reír.

—No—murmuré—. Todo ha cambiado. Hoy los tiempos son otros. Existía eso cuando la teoría del fuego central convertía el planeta en una bola llena de llamas y cubierta por una costra. Hoy, que se sabe que en el interior de la tierra apenas hay tres o cuatro regiones provistas de materia incandescente, el infierno ha variado también.

—Entonces ¿qué es lo que me aguarda allí?

—Mi conciencia, ocupada en cubrir los labios con una capa de jugo de rosas, tardó en responder:

—Pronto lo verás—repuso—. ¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto.

—A las tres y media Luzbel estará aquí.

Me dijo que vendría sin falta cuando acabase de conducir al infierno a un fabricante de sobres que está muriéndose en el Canadá.

—¿Y es puntual Luzbel?

—Como un eclipse.

—Mi conciencia hizo una nueva transición.

—¿Te gusta la música de Rimsky?—indagó reclinándose indolente en la cama turca.

—Interpretada por una orquesta de ciegos, no—contesté.

Y aun hablamos durante más de una hora: de arte, del último sorteo de la Lotería, del reciente estreno, de Linbergh, de la bondad de los lapiceros Fáber y de otras muchas cosas.

Pretendí también hacerla el amor, pero ella se resistió tenazmente diciendo que eso no estaba bien.

Sentí que no nos pusieramos de acuerdo.

Pero, por lo demás, estas luchas con mi propia conciencia habían sido frecuentes durante toda mi vida terrestre.

Al pronto, a las tres y media en punto, vi crujir la madera del pavimento y alcé la vista.

Frente a mí había un caballero, bajito, delgado, extraordinariamente elegante y simpático. Llevaba monóculo y jugueteaba con un bastoncito. Se inclinó ágilmente.

ONYX SU CREMA NEVONIX
DA LA TERSURA
DE JUVENTUD

—Mi conciencia extendió sus aedos pálidos e hizo una presentación llena de gracia suave:

—Luzbel...—murmuré, señalando al caballero del monóculo.

Luzbel sonrió, sacó del bolsillo una linterna eléctrica y paseó su foco por toda mi persona. Después de este examen dijo:

—Perfectamente...

Nos PONEMOS EN MARCHA.

—Es muy simpático—le dije a mi conciencia señalando a Luzbel.

—Imagínate que no trata más que con gente de talento—repuso ella.

Y ya, familiarmente, me dirigí al diablo.

—¿Por qué lleva usted linterna eléctrica?

—Por necesidad—dijo él—. ¿Usted sabe lo que significa la palabra Lucifer?

—No, señor.

—¿Y la palabra Mefistófeles?

—Tampoco.

—No me extraña. La gente es de una ignorancia repugnante—exclamó con un gesto de desprecio—. Pues, amigo mío, Lucifer significa "el que lleva la luz" y Mefistófeles "el enemigo de la luz". Era preciso compaginar estos dos nombres que me han colocado, tan opuestos entre sí. Y se me ocurrió esta idea de llevar una linterna eléctrica. Porque es indudable que así "llevo la luz" y al mismo tiempo, como apago la linterna inmediatamente después de haberla encendido, soy también "el enemigo de la luz".

—Es una idea diabólica.

—Muchas gracias—agradeció Luzbel—. Y ahora hágame el favor de vestirse.

Obedecí rápidamente.

Cuando estuve vestido, Luzbel sacó de su bolsillo una flor y me la colocó en la solapa.

Se volvió hacia mi conciencia.

—¿Vamos?—invitó.

—En marcha—replicó mi conciencia.

Luzbel la ayudó a ponerse la capa de cachemira que había quedado sobre la cama turca y salió primero de la habitación.

—¿Adónde vamos?—preguntó.

—Al infierno. Por aquí...

Y me señaló el pasillo.

Echamos a andar los tres.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

(Seguirá en el número próximo.)

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Información telegráfica de "Buen Humor"

Noticias de provincias y del extranjero

EL HAMBRE EN DINAMARCA. Copenhague, 2.—Con motivo de la revolución en China, que impide formalmente la salida del arroz con destino a Europa, Dinamarca (que es el país más aficionado a la paella) está pasando un hambre de no te menees, que te caes. Si a esto se añaden las dificultades de orden económico, derivadas de la crisis de dinero que actualmente se padece en el Mundo, sacaremos la triste consecuencia de que los daneses tienen un hambre de perros. En Copenhague, la clase media (que debía llamarse la clase calcetín, y gracias) está con el agua al cuello, y varias asociaciones de consumidores han pensado en implantar la costumbre de comer un día sí y otro no, aunque en algunos pueblos de las cercanías han tenido una idea mucho más original, que es la de comer un día no y otro tampoco.

Con este motivo, menudean los suicidios de tenderos de comestibles, algunos de los cuales se pegan un tiro, si bien lo más corriente es que se den muerte ingiriendo los productos mejores de sus establecimientos, que, como de costumbre, no fallan en cuanto se degluten con ganas de acabar pronto de sufrir.

Una de las demostraciones del angustioso extremo a que ha llegado el hambre en Dinamarca es que en dos meses se han tenido que cerrar veinte mil "water-closets" por falta de público.

El Gobierno, para remediar el problema, ha dispuesto que se fabrique unos cuantos centenares de langostinos de celuloide, que están dando magníficos resultados, porque se digieren con más facilidad que los legítimos.

Hasta ahora, los muertos por inanición no suman más que cincuenta mil. Mejor dicho, los muertos no suman, porque no hay un muerto que tenga el cuerpo para andarse con matemáticas, pero suman los que quedan vivos, y es igual.

Suponemos que estas noticias dejarán a nuestros lectores con la boca abierta, pero piensen que más abierta la tienen en Copenhague y no hay un alma caritativa que les introduzca por ella algo sustancioso e inolvidable.

UN GOLPE ANDALUZ.—Sevilla, 2.—Al anochecer del viernes pasado, y por causas que se desconocen, tropezó y se cayó en la calle de las Sierpes un guardia municipal, teniendo la desgracia de dar con la cabeza en el suelo y de producir gravísimas heridas a varias losas de la calle referida.

Una brigada de obreros ha procedido al arreglo de la vía pública, aunque se duda mucho de que el pavimento pueda sobrevivir al golpe recibido.

El guardia sigue bien, gracias.

ESPANTOSA DESGRACIA.—Valladolid, 2.—Ayer fué mordido por su

suegra el sufrido y pacífico vecino de esta localidad Gumersindo Zopenquillo. Conducido rápidamente a la casa de socorro que se estimó más elegante y propia del caso, fué reconocido por un eminente doctor que no ocultó su pesimismo ante la gravedad de las lesiones. En efecto, hablando con varios familiares del herido, hubo de hacer la siguiente afirmación: que si bien para las mordeduras de los perros hidrófobos hay un suero antirrábico de resultados segurísimos, para las mordeduras de las madres políticas no se ha inventado nada todavía ni es fácil que pueda inventarse jamás.

En vista de lo cual, hay fundados



—¿Sabes que se ha casado Leopoldo?
—¿Contra quién?

Dib. FERRER.—Madrid.

temores de que Gumersindo Zopenquillo fallecerá en medio de atroces sufrimientos y panorámicas torturas, y que no se puede hacer otra cosa que acompañarle en el sentimiento.

La suegra agresora trata de defenderse, explicando la razón de la mordedura, pero toda la Prensa, sin distinción de matices, pide que se le cierre la boca a esa señora con la mayor energía posible.

Se duda de conseguirlo.

UNA DENUNCIA CURIOSA — Valencia, 2.—Ayer ha sido presentada una denuncia, por una señorita totalmente levantina y bastante levantisca, contra un novio de mucha confianza que la susodicha señorita tenía para andar por casa sin permiso de su papá.

Parece ser que el muchacho denunciado, que por cierto es del Grao, ha procedido bastante bellacamente con la joven denunciadora, y que, después de lo que ha ocurrido antes, se niega a contraer matrimonio, pretextando tener otras cosas que hacer, algunas de ellas en el Grao.

El juez ha admitido la denuncia, pero advirtiéndole a la chica que los hombres, cuando ocurre lo que ha ocurrido en este caso, no se casan, ni del Grao... ni por fuerza.

Nosotros pensamos exactamente lo mismo que el dignísimo juez preopinante.

TRISTISIMO SUICIDIO.—Barcelona, 2.—El jueves puso fin a sus días, ahorcándose en una higuera, el conocido corredor de botones de nácar Alejandro Bruter.

La causa de tan fatal y antihigiénica determinación fué la conducta irregular de su esposa, que le llevaba engañando cerca de seis años con un marino genovés (que no era Colón), sin que Alejandro Bruter se hubiese percatado de la burla inicua hasta el otro día.

El hecho de haberse ahorcado en una higuera se interpreta aquí unánimemente como un gesto original de suicida; o sea, que en la higuera estaba mientras su mujer le tomaba el pelo y en la higuera ha querido continuar después de muerto.

Otros comentaristas más guasones opinan que Alejandro ha hecho eso porque se le daba una higa de la conducta de su cónyuge.

El Juzgado acudió al lugar de la ocurrencia y pensó que levantar el cadáver era tonto, ya que estaba colgado, por lo cual determinó que lo que había que hacer era bajarlo.

Y así se hizo, llevando por primera vez la contraria a la ley.

BUENA COSECHA.—Granada, 2.—Según noticias adquiridas en los centros agrícolas de esta vega, los limones van a experimentar este año una subida considerable. En cambio, se asegura que, como compensación, y visto el magnífico aspecto de la cosecha, está decidido que las aceitunas bajarán de precio en igual proporción.

Después de todo, los cosecheros no hacen más que atenerse respetuosamente a una sabia regla de conducta ya indicada desde muy antiguo:

¡Arriba el limón y abajo la oliva!...

UN CHINO DETENIDO.—Bilbao, 2.—Ayer fué detenido, a instancias de un joyero de esta capital, un chino de estos que se dedican a la venta de collares de perlas a "tles peletas". El joyero fundamentó su denuncia en que el chino estaba ejerciendo un comercio para el cual no estaba autorizado.

Al principio no acertaba nadie a comprender la razón en que se apoyaba el denunciante, pero después de varias averiguaciones se puso todo en claro y se convino en que el joyero decía bien.

Parece ser que el chinito, apoyado en una esquina y con los collares en las manos, se acordó de pronto de su patria y empezó a llorar copiosamente. Y el joyero, ya algo "mosca" porque se había autorizado al hijo del Celeste Imperio a vender sus collares cerca de su puerta, protestó del llanto diciendo que aquellas líquidas perlas que se desprendían tranquilas de las radiantes pupilas del chino no las podía él tolerar, pues el mandchú estaba autorizado para desprenderse de perlas sólidas, pero nada más.

No hubo más remedio que darle la razón, y el chino fué detenido por ofrecer a la vista del público unas perlas que no estaban comprendidas en el permiso.

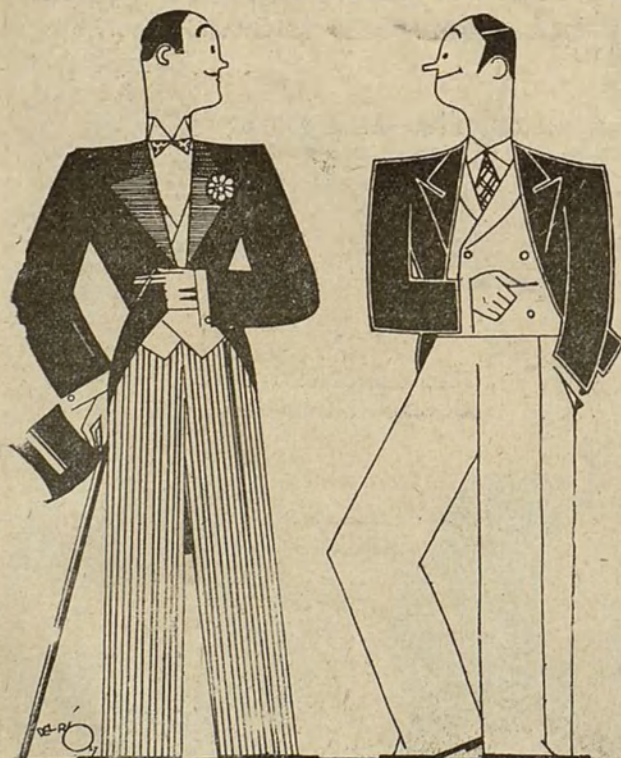
El incidente ha tenido aquí más resonancia que si Rafael Gómez "el Gallo" se hubiese presentado con el pelo a lo "garçon".

Tenía que suceder... ¡Alguna vez había de tocarle la china a un chino!

Y ustedes perdonen, pero ya hemos acabado de decir tonterías por hoy.

Por la inserción de los telegramas,

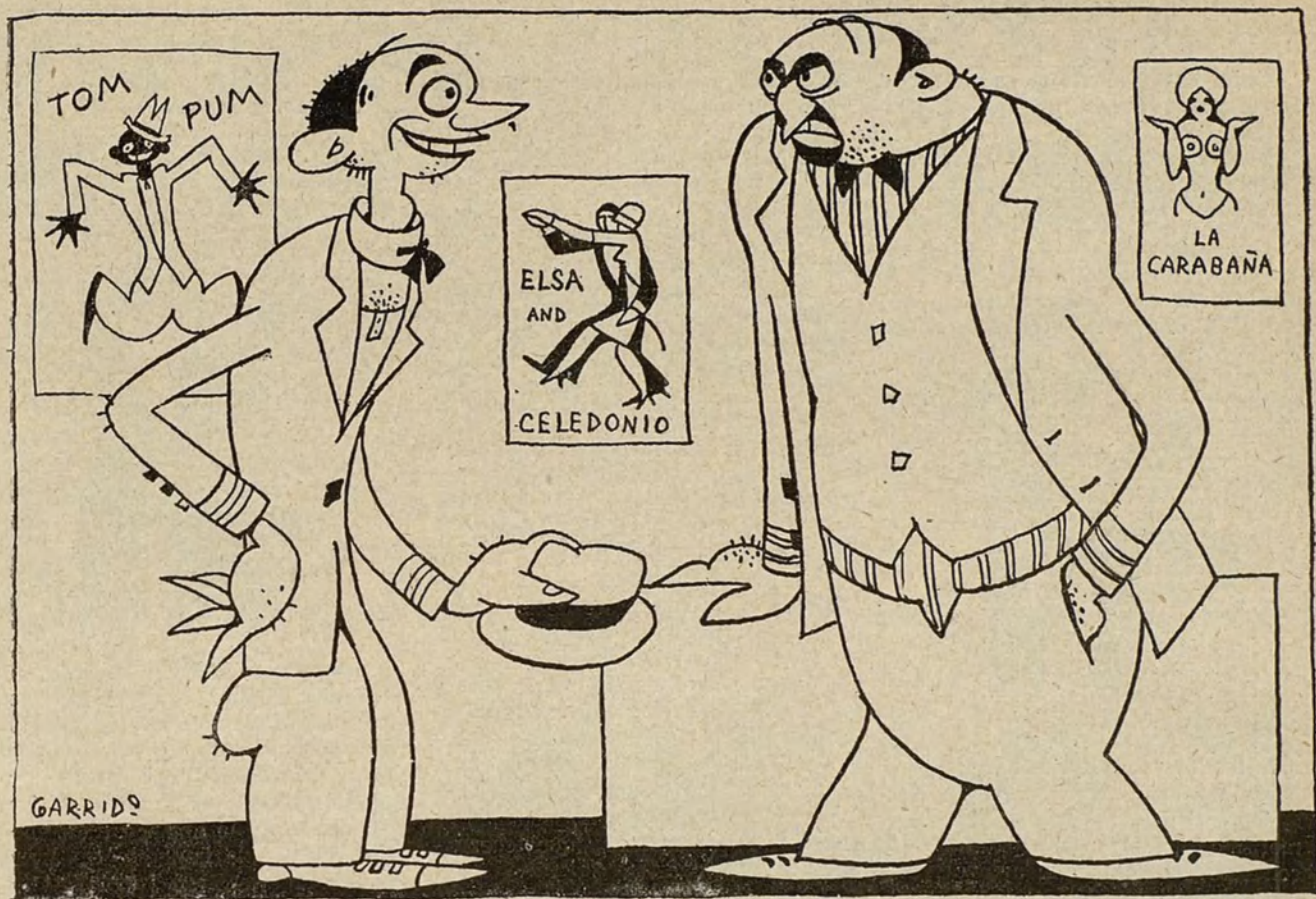
ERNESTO POLO



—Hace mucho tiempo que no te veo con Pepita: ¿habéis reñido?

—No; me casé con ella.

Dib. DEL RÍO.—
Barcelona.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Usted no ha leído bien el anuncio; yo lo que necesito es un negro.
—¿Pero usted no sabe que la cara es el espejo del alma? Es que yo soy el negro que tenía el alma blanca.

DITIRAMBOS SIN MALDAD

A su primo Luis Rodao un sereno, allá en Bilbao, mató con un berbiquí, porque Luis le dijo así:
“¡Eres un primo alumbrado!”

Se ha casado Antero Sama, el gran sablista. Y es fama que, aunque no tiene dos reales, ha puesto sus iniciales en las ropas de la cama. Y al verlas, un usurero que no hay a quien no deshuese, y a quien debe mucho Antero, ha empezado: “¡A. S.! ¡A. S.! ¡Mi dinero!... ¡Mi dinero!...”

Mi prima Berta Laguna,



Dib. AZNAR.—Zaragoza.

Ella.—Pero, oye Polito: el brazalete de tute se lleva más arriba.

El.—Ya lo sé; pero es que el roto está ahí.

romántica cual ninguna, siempre está con este pio:
“¡Vente al jardín, primo mío, a hacer rimas a la Luna!”
Y yo, que nací *juglar*, y en sus anhelos abundo, sin poderlo remediar, digo: “¡Fuera todo el mundo, que nos vamos *a-rimar*!”

Los futbolistas de Hervás quieren, con los de Amorós, almorzar en el Palás...
Pues como no haya *pa tós*, estoy viendo que hay *pa tás*.

En Madrid es ilusorio acariciar el proyecto de un río que vaya recto al mar, de riqueza emporio; mas si no hay *río-directo* hay, en cambio, *directo-río*.

JAVIER DE BURGOS

RAMONISMO

LA CEBOLLA
DE FLORES

Todos hemos incurrido en esa cebolla reseca y terrosa que parece una patata.

Nos ha tentado ver la magia de la Naturaleza con mirada indiscreta viendo suceder las cosas poco a poco.



El áspero y arenoso seno de la futura flor nos dió el primer disgusto al llegar a casa.

—¿Pero qué traes ahí? ¿Algún humorismo? ¡Vamos: una patata! ¿Es con esto con lo que te aplauden las conferencias?

Risueño siempre, el humorista desenvió su búcaro de cristal con el embudo adecuado para sostener la cebolla y la colocó en él, sobrenadando en agua.



Todas las cebollas de sus primeras canas entraron en remojo en la cabeza del humorista al mismo tiempo que la cebolla floreal.

La criada del humorista quería cchar la cebolla a la ensalada, y tra-

bajo costó que la dejase estar en aquel reagüe permanente.

Todas las mañanas, después de la primera ablución, el humorista se asomaba a ver lo que había pasado en aquella nuez silenciosa y procuraba convencerla de que debía ir haciendo su evolución sin perder tiempo.

Pasaron las semanas, y nada; por más que se la variase el agua con todo cuidado y puntualidad. Se sintieron ganas de darle una pastilla contra la solitaria para ver si echaba la primera raíz.

Sonrisas veladas observan siempre al hombre que está criando una flor en su regazo.

—Echale vino a ver si así brota—le dice su mujer.

—¡Jacinto! ¡Jacinto!—llama el humorista al primer brote de los jacintos, que aparecerán vestidos de azul cuando menos se piense.

Una, dos, tres, cuatro canas adornaron la cabeza del humorista. En su larga paciencia de ver fructificar la planta todos los días era una nueva cana.

“Todo menos tocar la planta”, se decía, acercándose a ella. “Cuando se está para germinar hay que tener silencio y respeto.”

Sólo una vez, impaciente, tocó la baya irresoluta; pero no se lo perdonó, como si así la hubiese contaminado o la hubiese hecho contraerse y en vista de eso tuviese que comenzar a contar los días.

“¿Por qué se me ocurriría comprar una cebolla?”, se decía, poseído de la desesperación.

Por fin, una mañana, después de arrancar la hoja del almanaque como abriendo el párpado del nuevo día, se acercó a la cebolla y vió con gran asombro que había brotado de ella la primer hilacha, lo bastante para haber encontrado la palabra de la lección, la señal de que ya quería parlamentar.

El hombre de la cebolla comunicó la noticia del milagro natural, sin trampa ni cartón, y en pocos minutos su gabinete se llenó de familia y de curiosos.

Un repórter le preguntaba:

—¿Decimos algo en el periódico?

Un guardia, por decir algo, dijo.

—¿Damos parte?

Toda la vecindad se enteró de que la cebolla que un día había comprado el vecino del primero había dado a luz una hebra de raíz.

Como quien da carrera a un hijo, el que había comprado una cebolla al pasar, esperó muchos meses a que aquello continuase, y fué viendo aumentar los flecos y, por fin, apareció en lo alto de la cebolla el quíquiriqui



de la flor, y pasados unos cuantos meses más, la flor esperada, pequeña estrellita de los campos, perfumada visitante, roseta de la providencia.

¡Ya era hora de descansar! Aquella incubación le había costado media vida y le había impuesto las arrugas de los faquires, que logran la floración de una semilla mirando intensamente una maceta y gastando numerosos kilovatios de sí mismo.

No volvería a comprar ninguna cebolla por la incertidumbre con que le había atormentado aquélla, encare-



ciendo tanto el valor de la ramita de jacintos, que ascendió sobre lo que suelen pagar por una novela humorística.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA
(Ilustraciones del escritor.)

LAS BECERRADAS

Hemos quedado en que la fiesta típica de toros es una fiesta salvaje, indigna de un país civilizado. Los caballos con las tripas fuera, el toro toreado en el período agónico, el torero haciéndole regates a la muerte.

Bueno; pues una corrida de toros son unos juegos florales si se comparan con una becerrada. Una becerrada es el canibalismo primitivo, la fiesta de los pamús, el antropofagismo a la carta.

Porque el público de los toros se produce generalmente de un modo violento, arbitrario, descompuesto, pero el de las becerradas inicia un alarido salvaje cuando sale de su casa y no cesa el aullo hasta que cae pesadamente en el catre, cama Luis XV o meridiana con muelles.

De lo que se hace en el ruedo no hablemos. En las corridas, mal que bien, los que intervienen son toreros, pero en las becerradas veroniquean los del gremio de viños, ponen banderillas los camareros y matan los chauffeurs.

Luego nos extrañamos que en el extranjero digan que vamos a la oficina con estoque por si nos encontramos algún toro por el camino y que pone banderillas la infanta Isabel.

¿Cuántos serán los españoles que estén libres de haber dado alguna verónica o puesto aunque sólo sea medio par y al sesgo, o que han toreado, por lo menos, de salón, empapándose de toro con una silla de Vitoria?

Tienen razón los extranjeros, mientras no se demuestre lo contrario: en cada español hay un torero en estado de canuto.

¿Quién pudo sospechar en don Luis Mazzantini, que Dios haya, cuando era jefe de estación, sus portentosas condiciones de torero? Creo que entre darle la salida a un expreso o a un morlaco no puede haber relación alguna. Si acaso, los pitos puede ser lo único común a las dos profesiones.

¿Queréis nada más ajeno a los toros que la aviación? Pues yo he visto a distinguidos aviadores en la becerrada del Aero-Club por los aires, y no pilotando un aparato, sino lanzados por asta de toro.

¿Qué de particular tendrá que un día salga un periódico extranjero diciendo: "El célebre comandante Franco ha puesto banderillas en un bipla-

no "Farman", aterrizando en las mismas péndolas.

Los empleados de Pompas fúnebres tratan de organizar también su becerrada. Nada más justo. Ellos citan como precedente que la Cruz Roja da también su corrida de toros anualmente y que sus oficios son muy semejantes. He visto un anteprograma de la fiesta que proyectan los funerarios y lo he encontrado extremadamente curioso.

Ofrecen, entre otras cosas, que picarán a la Grand Dumond, que pondrán banderillas a la Federica. Y a la hora de la muerte, dicen, en letra gran-

de y bastardilla: "No. usaremos las mulillas. Trasladaremos el cadáver a hombros de nuestros compañeros". En detalles de menos importancia he leído que el matador irá al toro como una vela y para demostrar que son valientes acaban diciendo que los becerros serán como catafalcos.

Aguardamos la becerrada del tribunal de la Rota, que ya se hace esperar demasiado, y entre tanto permitidme que yo también, haciendo un farol, me retire a la barrera.

ANTONIO PLAÑOL



CUENTO JUDIO:

Dib. CUESTA.—París.

—Adiós Levy, y ya lo sabes, si te sientes morir apaga la luz, porque esta bombilla es de cincuenta buñas.



27

Dib. ELÍAS.—Gijón.

Mister James Stoppilenn, vecino de la calle ciento cincuenta y tres, número 1257, piso décimosexto; galería R-53, cuarto P. S.-3, letra B, llega borracho a su casa.

El maestro de experiencia

Decía así el sorprendente anuncio insertado en un diario de la mañana: "Todas las incertidumbres humanas desaparecen visitando al profesor Montes, maestro de experiencia. Precios módicos. Reflexiones, 3 pesetas; máximas, 5 pesetas; consejos, 10 pesetas. Absoluta reserva. Calle de la Villa, número 19."

Jamás mis ojos, eternos buscadores de sorpresas, habían encontrado un anuncio análogo a éste, ni mi ima-

ginación, quizá excesiva, había llegado a suponer la existencia de oficio tan peregrino como el que ejercía el anunciante.

"¡Maestro de experiencia!"...

Los misteriosos reclamos de fakires, adivinadores, echadoras de cartas y espiritistas, tan sugestivos antes, parecían ahora, por vulgares, junto al nuevo procedimiento de atraer incautos, embobar cándidos e ilusionar crédulos empleado por el ignoto profesor.

Era aquélla una llamada a mi curiosidad, una interrogación alzada ante mí, y no intenté desatenderla. Horas más tarde de leer el anuncio, me encontraba sentado ante el profesor Montes, contemplando su fisonomía agradable de vejete bonachón, su barba bíblica, sus ojos vivos, empujados por los cristales de las gafas, y su nariz recta, bajo la cual, la boca sin dientes sonreía con una sonrisa de primera infancia.

—¿En qué puedo servirle, señor?

¡Oh! Ante la pregunta, hecha con voz dulce y amable tono, me di cuenta de que, acuciado por la impaciencia, había olvidado la elaboración de un pretexto cualquiera que justificara la visita.

El profesor Montes debió advertir mi turbación y el motivo que la producía ya que, aumentando su sonrisa amable, me dijo:

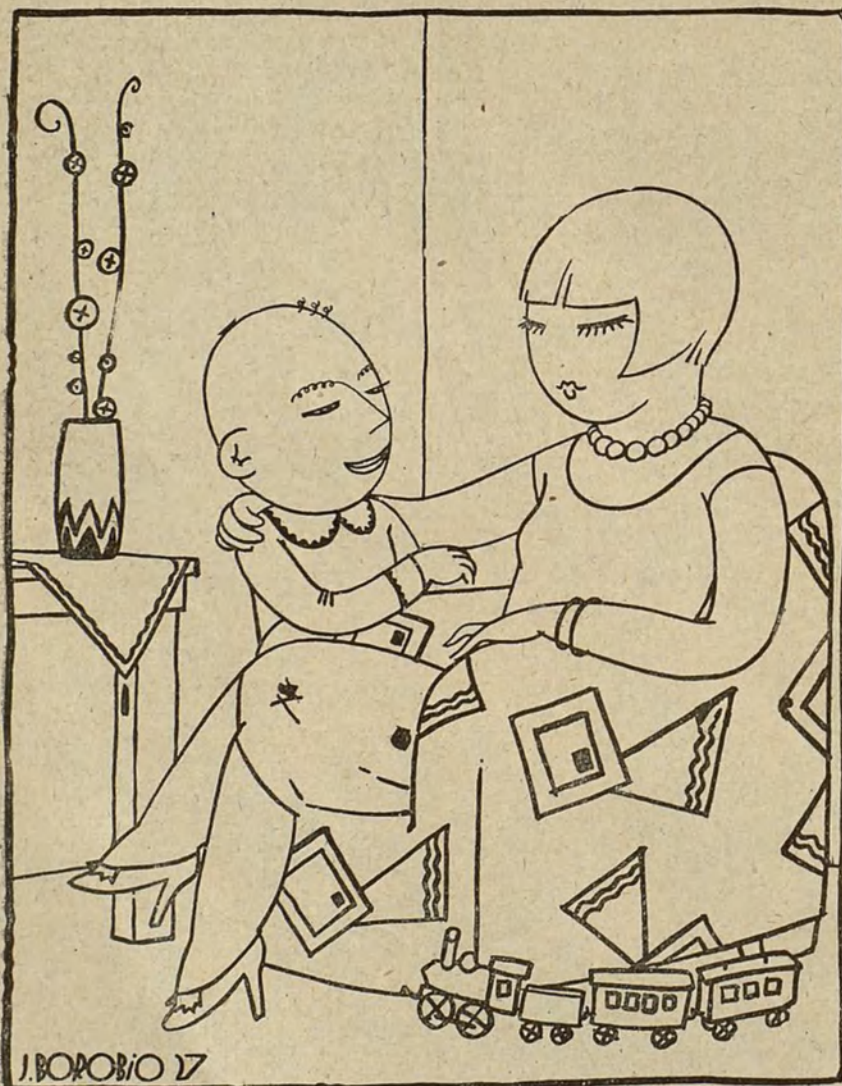
—No se esfuerce. Usted no venía a hacerme una consulta, sino a satisfacer su curiosidad, ¿no es eso?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Pues no hable. Hablaré yo y usted me abonará la consulta como si la hubiera hecho. Conformes, ¿no?

—Conformes y encantado. Es usted un hombre admirable.

—Soy un hombre que tiene experiencia, nada más—dijo modestamente—. La experiencia es la coraza que nos resguarda de los errores. Si la humanidad se hubiera preocupado de cultivar la experiencia, el ser humano no sufriría los efectos de tantas equivocaciones, y sería plenamente feliz. La vida ofrece constantemente problemas de difícil solución, pero idénticos casi todos ellos. Un hombre con experiencia, un hombre que supiera resolverlos, adoptar la determinación mejor, inclinarse al lado más favorable, triunfaría siempre. Pero, por desgracia, no todos tienen este admirable don, y los que lo poseen, rara vez saben usarlo, porque ante el problema y la necesidad de resolverlo inmediatamente, se ofuscan o se apasionan y terminan por elegir la solución peor. Fueron estas ideas las que me alentaron a establecerme como profesor de experiencia. Yo podría, pensando por otros, recordando casos parecidos y sospechando el pro y el contra de ca-



Dib. BOROBIO.—Zaragoza.

—Oye mamá, ¿por qué trotan los caballos?

—Por salir del paso, hijo mío.

da cuestión, evitar la incertidumbre que tantos perjuicios causa. Usted, por ejemplo, conoce un día a una jovencita de la que se enamora y decide casarse... Mejor dicho, no decide usted nada. ¿Qué hacer? ¿Es conveniente el matrimonio? ¿Es perjudicial? ¡Ah, usted es un hombre que necesita un consejo! ¿Quién puede dárselo? ¿Quién está capacitado para ello? ¿Tiene usted algún amigo ecuaníme y sabio? ¿Le comprenderá ese amigo? ¿Querrá escucharle? ¿Será franco al darle la respuesta de la consulta?... Además de que hay pocos amigos a los que se les pueda pedir un consejo, hay muchos problemas que no debemos confiar a los amigos. ¿Me comprende?

—Admirablemente.

—Pues bien; yo, por una pequeña remuneración, le soluciono acertadamente el dilema. Resulta un procedimiento muy cómodo, muy barato y muy sencillo.

—Es cierto.

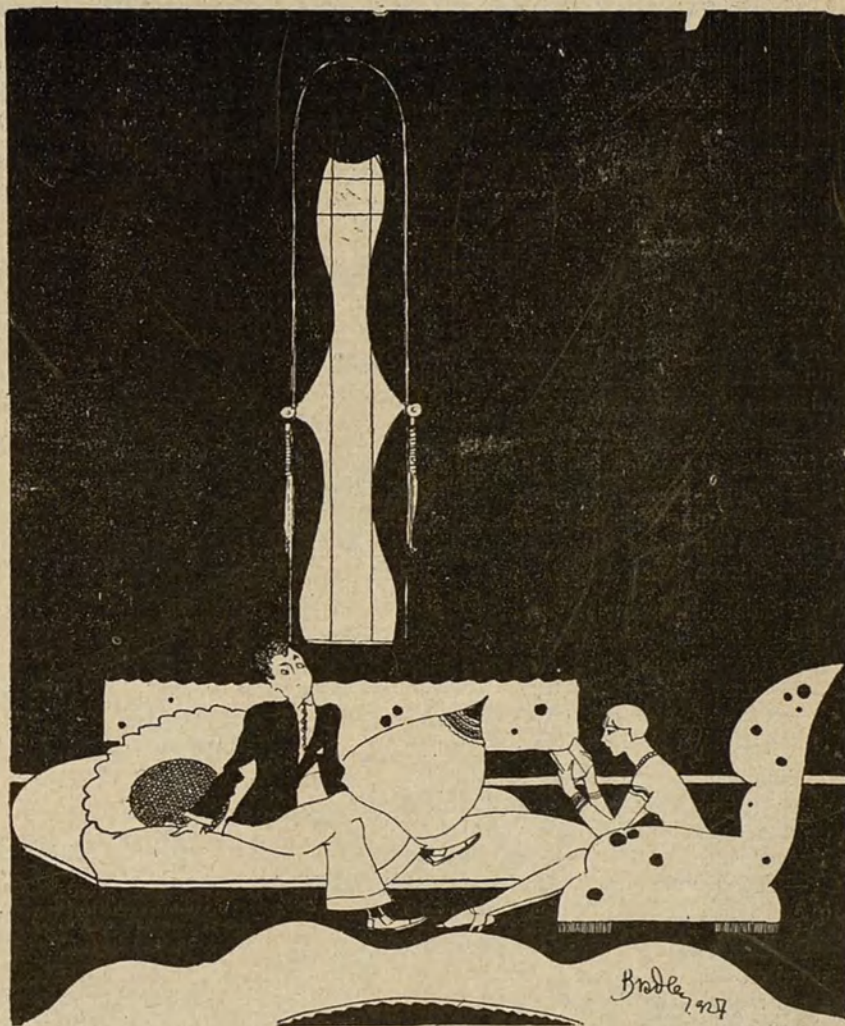
—Y de efectos admirables. La mayoría de las veces, el individuo que pide un consejo, lo pide por encontrar una opinión que robustezca la suya, no porque realmente se halle perplejo ante el problema. En cambio, el individuo que viene a consultarme a mí, está dispuesto a obedecerme. De no ser así, mis servicios le resultarían inútiles y caros. Y he ahí la primera ventaja que yo proporciono al cliente: la confianza, la confianza en mí, tan necesaria para el buen resultado.

—Está bien. Y dígame: en el anuncio...

—¡Ah! Quiere usted saber la diferencia que existe entre reflexiones, máximas y consejos. Es bien sencilla. Por tres pesetas doy al cliente una reflexión, que puede ser, en el caso que antes decíamos, esta: "Muchos casados hablan mal del matrimonio, luego no son felices en él". El cliente medita la verdad encerrada en estas palabras y adopta la determinación que mejor le parece. La máxima (cinco pesetas), está constituida, bien por una sentencia de mi propiedad, bien por un refrán conocido. Por ejemplo: "Antes de casarte, mira bien lo que haces". El cliente, como en el caso anterior, adopta la determinación que él cree preferible.

—¿Y el consejo?

—El consejo es la afirmación o la negación razonada: "Debe usted casarse con esa joven porque... o "no debe usted casarse porque"... El con-



Dib. PRADLEY.—Sevilla.

ELLA.—(leyendo la Novela blanca).—"El criminal, después de haber hecho gárgaras con el jugo pancreático de su víctima, sintió, como todos sentimos en casos semejantes, un gran aplanamiento moral."

sejo es la seguridad, el convencimiento transmitido al cliente.

—Siento en el alma no tener ahora necesidad de sus servicios. Me agradaría mucho que me diera un consejo.

—Siempre hay necesidad de ello. Voy a complacerle. Le diré un consejo, una máxima y una reflexión. "Usted es un hombre a quien domina la curiosidad; procure hacerse superior a ella". Un refrán, el único que recuerdo ahora: "A quien madruga, Dios le ayuda".

—Lo conocía.

El vejete sonrió.

—Y una reflexión, voy a darle una reflexión: "El profesor Montes puede decir verdad o mentira, luego yo puedo creerle o no". ¿Le agrada?

—Mucho.

Dejó sobre la mesa unas monedas y salió rígido, muy serio. En la escalera, la risa me acometió con tal fuerza, que tuve que sujetarme al barandado para no caer.

José SANTUGINI

LA VENGANZA DE SIDAFONIA

Monociclo épico en fa sostenido, dedicado al ilustre creador del género, E. Jardiel Poncela

Anaclante III, monarca de Citronia, se apeó del caballo sin soltar la bidonia, y fricando el dentamen con ruquido bestial, llamó a la retaguardia de ardabines bizarros sonando la piloña (1), curciada de chicharros, y agitando en el aire su sotelo mucal.

El mariscal Pantuflo empuñó los trugurios, encendió los rebencos trujados de santurios y mostró al soberano el Parte del Xendín, en el que se decía que habían perecido un cenón de vidiagos, un zapejo trumbido, dieciséis kalimochos (2) y un joven cornetín.

—Está bien—dijo el rey—. Mas ¿ligásteis la eslabo? ¿Ceciliásteis los bosques? ¿Cosechásteis la faba?...

—Señor, bradióse el lunes—contestó el mariscal.

—Pues entonces, Pantuflo, maquila los semáforos, tañe el viejo trampófano, desbigornia los cláforos (3), que espero a Sidafoña en el tilgo nupcial.

Y Sidafoña, envuelta en ballecas de raso (4), buscarinó los fimbrios al golpe de su paso y le ofreció a Anaclante su sonrisa más fiel.

—¡Amor mío!—susurra—. ¿Terminó la pelea?

—Aun empravian los Trufos en la próxima aldea—le respondió el monarca con mirada cruel.

Sidafoña, coqueta, aliñó los asprones y, en la filiusa verde, desmigó los turriones de una danza sacárica estilo Gutayer (5).

Y Anaclante, imprinado, gimió lánguidamente:

—Tachuélame la gaspia, joh, blonda adolescente!, que el bucólico lanto llega al amanecer.

Mas en aquel momento un joven ardabín entró en el estirado y regio camarín a rastras, revolcándose en su sangre arterial. De su abdomen abierto fluían los kascojos, y un azorín de muerte redribaba en sus ojos, que iban a Sidafoña en anhelo nespral.

Sidafoña, al notarlo, ahogó un grito de andía, pues aquel ardabín que a sus plantas moría era el zúmico objeto de su pasión feroz; y cuando el pobre herido endiscó los reliegos, Sidafoña, evaída por sus tristes moniegos, exclamó amargamente: —¡Oh, la guerra es atroz!

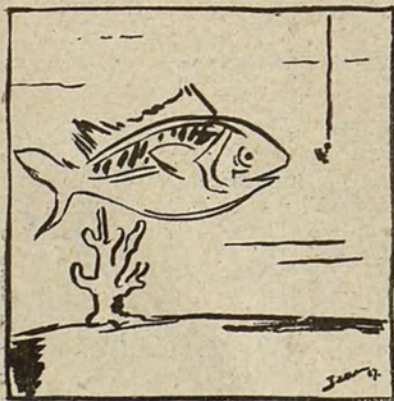
Después vió que Anaclante focetaba el cadáver con renanios azules y con barras de fáver, y meditó en vengarse con saña sin igual... Disolvió en la su copa tres docenas de priscos (6), veintitres aglafobios, dieciocho mariscos, algo de piedra pómez y un poco de zotal.

Anaclante bebiólo y quedó algo hajumado, con la pilfa pendiente, blandamente acostado. Entonces Sidafoña desestuchó el sidral (7) y fuertemente hundióle en el pecho a Anaclante, buscando con pirelia la tráquea por delante, muy cerca del tercero espacio intercostal.

Después tundióle el cráneo, esgomióle los seños, machucóle las bésperas, cometió otros excesos y, tras pisarle el cráneo con torpe frenesí, se acercó al ardabín que en el suelo yacía, besó sus trifios glaucos que la muerte cubría y gimió tróicamente: —¡Qué pronto te perdí! (8).

SAMUEL MURIN.—ANTONIO ISAAC

- (1) *Piloña*: cierta variedad de fimiagos sin barnizar por los bordes.
 (2) *Kalimochos*: habitantes de la Baja Pilandia, muy hábiles en el achampinado de los requejos.
 (3) *Cláforo*: bandurria fenicia de siete llaves claudiformes.
 (4) *Raso*: tela de seda, lustrosa.
 (5) *Gutayer*: conocido rapsoda que envidió los tefos de la Bella Obdulia cuando ésta se estrobó con Camponio Mela.
 (6) *Priscos*: especie de kalamartes con pinchos.
 (7) *Sidral*: navajita.
 (8) Flaviano Josefo (*Ant. Heb.*, t. II, pág. 182), conteste con otros historiadores respecto a este punto, da como cierta esta expresión. Sin embargo, Rudy-Meyer y Trevijano son de distinto parecer.



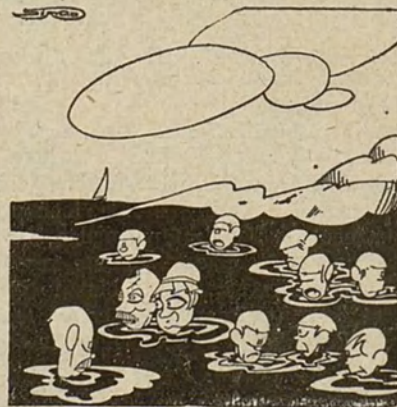
Dib. JEAN.—Madrid.

El pez viejo.—¡Caramba! ¡El anzuelo de don Amando!

NUESTRO CONCURSO DE ARTICULOS HUMORISTICOS

El Jurado calificador de nuestro concurso de artículos ha terminado, con toda felicidad, la revisión de los originales presentados, y dictará su fallo de un momento a otro.

Sirva esto de aviso a los concursantes y de contestación a los muchachitos que nos interrogan acerca del particular.



Dib. SÉRVULO.—Albacete.

—¿Por lo que veo tienen ustedes muchos chicos?
 —Sí, la mar...

El hombre que era igual que Rodolfo Valentino

Hay momentos tristes en la vida del hombre; momentos en que la calumnia, la envidia y los forúnculos se ceban en uno con ardor homicida. Instantes, en fin, como por los que atravieso yo ahora.

¡Fíguense ustedes que en un figurín de Laponia he leído un artículo en el que se me tacha de haber asesinado a mi amigo Serafino Spoleto para robarle los planos del impermeable con capucha giratoria de que fué inventor. Y he aquí que esta añagaza del periódico lapón, tachándome de asesino, me duele como una neuralgia, ya que no deja de ser triste eso de que se me tache, y más si, como sucede ahora, es en un país donde no existe la Censura.

No es falso que yo asesiné a Serafino Spoleto, pero también es cierto que el móvil fué muy otro. No confesaría la verdad de lo sucedido, dejando a los súbditos lapones en su errónea animadversión hacia mí, si no fuera porque mi amigo Mihura me ha asegurado, en el seno de la confianza, que en el citado país venden los bisoñes sumamente baratos y si me quedo calvo tal vez tenga necesidad de ir a comprarme alguno.

Voy, pues, a contarles a ustedes el motivo que me guió a asesinar a Serafino. En mi lugar, todo el mundo hubiese hecho lo mismo.

Conocí a Serafino Spoleto en la manifestación de duelo que durante dieciseis horas precedió al entierro de Rodolfo Valentino. Sin saber cómo, nos encontramos uno junto al otro y entablamos conversación. El me contó que había embarcado en Nápoles con rumbo a Nueva York para establecer en la opulenta capital yankee una agencia de Seguros Mutuos contra el "sablazo", y yo, a mi vez, le confíé el motivo que me indujo a embarcarme en Burgos tres meses antes con dirección a los Estados Unidos. Le expuse, pues, que iba a visitar, en viaje de estudios, la ciudad cinematográfica de Hollywood y a aprender algunas nociones del que se ha dado en denominar "arte sordomudo", con objeto de establecerme en Cuenca como director de películas.

Fué entonces cuando Serafino Spoleto—arruinado ya a causa del fracaso de su agencia—me dió aquel pellizco en el frégoli y me dió estas palabras:

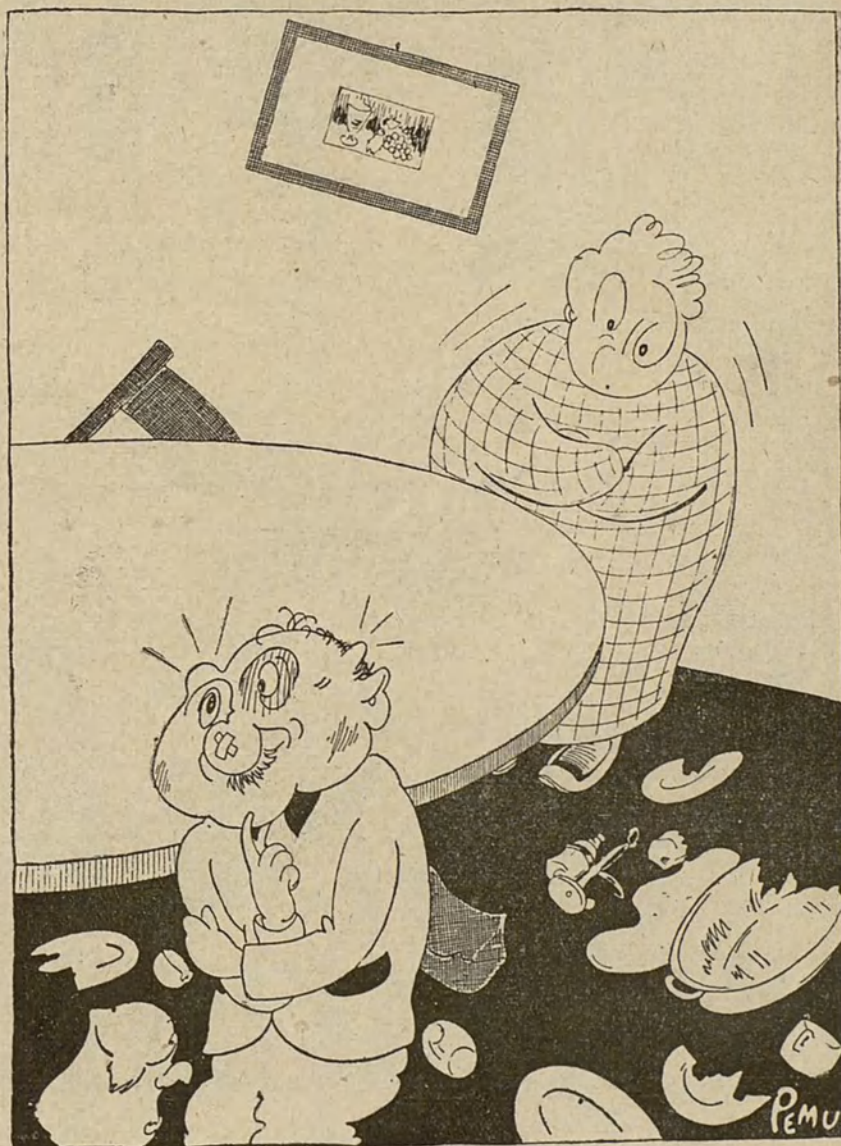
—¿Va usted a ser director de películas?... Pues bien; voy a decirle algo que no he querido confesar a nadie.... Usted me ha sido simpático y voy a abrirle mi pecho. ¡Yo, oiga usted bien, yo, puedo hacer millonario a un hombre!

Abrí dos ojos como dos escafandras.

—Explíquese usted—le dije.

—¿Qué diría usted—comenzó Sera-

fino—si le dijese que yo sé de un sujeto que se parece a Rodolfo Valentino como una gota de agua a otra gota?... ¿Qué diría usted si yo le proporcionase a ese hombre y, además, lograra convencerle para que filmase una película, de la que usted podía ser capitalista y director?... ¿Cuántos millones calcula usted que ganaría el feliz mortal que, apenas muerto el pobre



Dib. PÉREZ MUÑOZ.—Madrid.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

EL INVENTOR (dolorido).—¡Caramba, qué idea! ¿Y si inventara la rajilla de cauchú?



Dib. PERALS.—Madr.d.

EL SEÑOR.—¿Cómo? ¿Ya está otra vez vacía la caja de cigarros?

EL CRIADO.—Sí. Es que fumamos demasiado, señor.

Rodolfo, tuviera la oportunidad de encontrar quien le sustituyese y acaso con ventaja?...

—¿Dónde está ese hombre?—pregunté como un loco.

Serafino Spoletto se echó atrás la capucha de su impermeable—de ese impermeable cuyos planos dicen que le quise robar—y me contestó sentenciosamente:

—Ese hombre... ¡soy yo!

—¡Usted!... ¡No veo el parecido!

—No es extraño, porque mi semejanza con Rodolfo no existe más que vistiéndome con un determinado traje. Ahora bien; le juro a usted por las cenizas de un abuelo mío que se murió del sarampión, que con ese traje soy igual, idéntico, lo mismo que Valentino. Todo el "quid" consiste en que al *filmar* la película yo lo haga con ese traje. El éxito es seguro.

Charlamos ampliamente y acabamos llegando a un acuerdo. Yo le entregaría a Serafino cincuenta mil dólares y él accedería a *filmar* la película y a acatar todas mis órdenes. Y como señal de seriedad le entregué por anticipado sesenta mil francos.

En seguida di principio a los trabajos preliminares; contraté artistas para que hiciesen de segundas partes, comparsas, operadores, ayudantes, etcétera; encargué decorado y vestuario y adquirí focos para la impresión. Total: un gasto previo de cuarenta mil dólares y siete cuponíques. Se señaló el día en que empezaríamos a "rodar".

Sólo me faltaba conocer el traje con el que Serafino era igual al malogrado Rodolfo para completar algunos detalles del argumento y decorado. A este efecto le busqué durante seis días y diez noches; al fin lo encontré en una fumistería de Broadway y le hice la pregunta:

—Pasado mañana—le dije—empezaremos la película. Ya estás advertido. ¿Cuál es el traje que hay que encargarse para ti y con el que te semejas a Valentino como una gota de agua a otra gota?

Y Serafino Spoletto me contestó:

—¡Con el de buzo!

Ya saben ustedes lo que pasó luego. Pero..., en mi caso, ¿quién no hubiera hecho lo mismo?

MANUEL LAZARO

ALBERTO

ulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

ESTO SE PONE MUY NEGRO

Se ha dicho muchas veces en la historia "Abajo los negros", pero no iban en el grito incluidas las negras. En cuestión femenina, la humanidad sigue el mismo eclecticismo que en cuestión de zapatos: puesta a elegir entre blancos, negros y de medio color, alterna, según las estaciones.

Para que el juego de damas sea como debe ser, hacen falta damas blancas y negras.

En París entró la fiebre negra. Todo era negro. "Se encendía una cerilla y había que encender otra para ver si la primera se había o no encendido." Tan negro estaba todo.

Brilló en el cielo negro una estrella, también negra; y en Villa Luz, eclipsó a toda luz la estrella negra: Josefina Backer.

Se presentó desnuda; con un collar de cáscaras de plátano y un cinturón de lo mismo. A veces, no; en vez de cáscaras de plátano eran plumas rosa.... El resto, era naturaleza. Y el movimiento, charlestónico.

Los periódicos la describían de este modo:

"Entra en escena un personaje extraño....

¿Es hombre o es mujer? Pintados los labios de negro; color de plátano la piel; pegado el pelo, tanto, que corto ya de suyo, parece estar peinada con caviar. La agita el movimiento continuo; se retuerce y serpentea como un saxofón desahogado; los sonidos de la orquesta parece que salen de ella misma; chilla en tono sobreagudo; hace muecas, bizca, infla los carrillos, se contorsiona y se desarticula; se despata y, para fin, se marcha a cuatro patas, rígidas las piernas, más alto el traspié que la cabeza, como el bebé de una jirafa."

Los blancos, al ver esto, se dividieron en dos bandos; unos que decían: "¡Hola, hola!"; otros que decían: "Oh, la, lá!" Todos aplaudieron; y llenaron el teatro; y volvieron a llenarlo; y así siempre.

Después del espectáculo bailaba también. Todas las noches, en el Imperial, en Milonga, en la Abadía, "aunque no es cómodo bailar a cuatro patas entre las mesas, entre salvajes que os devoran con los ojos—y en Montmartre todo el mundo está en salvaje desde que dan las doce de la noche"—, bailaba hasta las cinco del alba, su hora de almorzar.

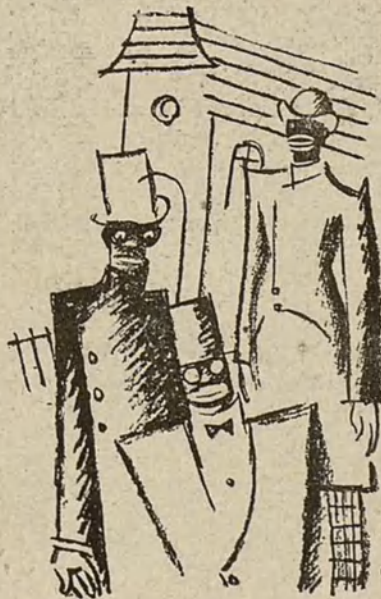
Entonces pensó ella en tener cabaret propio. Y el día—apuntalo Historia—el día 14 de diciembre del 26, Josefina Backer, en su cabaret de París, brincaba, bailaba, guisaba; acari-



Josefina Backer

ciaba la calva de los calvos, tiraba de las barbas a los barbudos; daba abrazos a un cochinillo que ella criaba y que anda por la cocina enredando y comiendo lo que pesca..., bailaba con el cliente que mejor la parecía y bailaba sola....

Charleston...



Sus compatriotas.

Ella dice que los europeos, después de ver a los negros, han inventado un charleston, que no tiene que ver nada con el negro, pero que está bien, sin embargo. Dice que el charleston se debería bailar con collares de conchas que brincan sobre la carne y hacen una música seca, en vez de las plumas y bananas que ella usa.

Y en cuanto al movimiento: "Bailar con las caderas, de una a otra; de una a otra; y de un pie al otro, de uno al otro; sacudir mucho las manos y sacar en pompa las molas." "Se empeñan de poco tiempo a esta parte en disimular las molas... ¿Por qué? Si también las molas existen, como lo demás; y no se los puede echar nada en cara, a las pobres... Ciertamente hay algunas que son horribles o presuntuosas o insignificantes. Pero sirven para sentarse; eso por lo menos...."

Es una teoría como otra cualquiera.

Y en Josefina Backer una práctica.

No se culpe de todo, sin embargo, a esta nueva Emperatriz Josefina. Sus memorias, publicadas recientemente, no las cuenta ella; las cuenta un blanco, Marcel Sauvage, o, para decirlo en castellano, Marcelo Salvaje, periodista y autor, que ha conseguido de la Estrella negra—quizá por ser algo más salvaje que los demás literatos—la gracia de ser recibido en su casa por la cimbreada muchacha a fin de que tome y tome apuntes mientras ella, con un peinador rosa—"que a cada momento se abría"—nos dice el Salvaje Marcelo—, charlaba de mil cosas, daba volteretas con la conversación y lanzaba, de vez en vez, una zapatilla al aire.

Gracias a ello, ha podido el mundo enterarse de que Josefina Backer nació hace veintinueve años en San Luis, Estado de Misuri (Estados Unidos), una población donde hace frío, donde hay 100.000 negros, donde corre por el medio un río de barro, el Mississippi, un río enorme, con un puente más enorme, de cuatro a cinco pisos; río por donde baja el algodón con rumbo al Océano.

También nos enteramos de que a Josefina, cuando estudiaba historia, le parecía imposible que hubiera reyes malos. "¡Ser rey y malo! ¡Imposible!" También nos enteramos de que a los gatos les excita el sudor de las personas; de ahí que se coman la ropa in-

terior. Y nos enteramos de que a ella la emborrachaban los colores... "Juego con los botes de pintura y acabo mareada... Los colores tienen alcohol"...

Pero no; lo que prefiere Josefina en el mundo son los animales. Tiene serpientes, cochinos, conejos... El cuarto del teatro lo ha convertido en conejera...

Los animales y los pobres...

Se acuerda de que hay pobres.

Y de que hay Dios.

"Hay que creer en él y no hay fuerza como esa, digan lo que quieran."

Una vez en Folies Bergeres, estaba en su cuarto, desnuda completamente. Tenía pena; ella guarda las penas para sus oraciones. Se arrodilló; cruzó las manos, inclinó la cabeza. El transpunte entró de sopetón, sin avisar. A Josefina no le gusta que nadie la estorbe. Miró al pobre hombre de tal modo que el infeliz salió con cuidadito y cerró, sin ruido, la puerta. Josefina rezó.

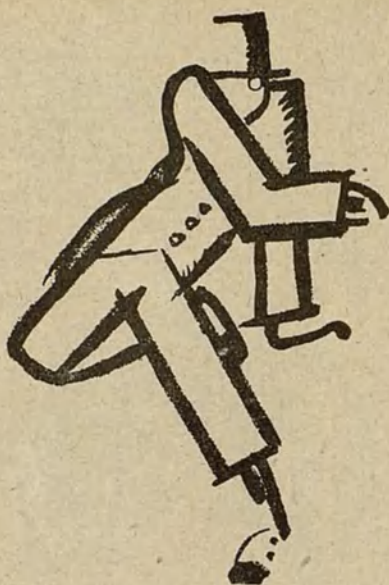
Guisa ella misma en su cabaret. Publica sus recetas de cocina.

En cambio, le revienta dar recetas de tocador. "El agua mejor para el tocador es el agua de lluvia. Agua del cielo; agua de belleza. Para la cara, lo mejor.

Para los ojos: bailar mucho y sudar. Se duerme luego como un plomo y los



Sus...



imitadores...

ojos se aclaran. Eso es lo mejor para los ojos.

Para los brazos, lo mejor, el estropajo.

La pomada de pepinos, estupenda."

De amores, no dice nada. Sólo una frase una vez: "He amado mucho."

Otra frase otra vez: "Los blancos son curiosos... Me iba del cabaret a casa, siempre sola... y no lo comprendían..."

Otra frase otra vez: "Me casaré; tendré muchos chicos, y como quiera ser alguno artista de Music Hall le retorcere el pescuezo."

Carpe diem. Esto es latín. Es el lema de la estrella negra: "Donde me gusta, me quedo." Iba a la función; huele al pasar por la portería una sopa deliciosa. Entra, se convida, y se está allí tomando sopa, mientras en la sala, llena, esperan que llegue su número, y la buscan por todos lados con desesperación, en vista de que no llega.

Ella es ella. Hay que tomarla o dejarla. No quiere ser ni esto ni lo otro; ni bailar siempre igual; no quiere ser una máquina; no quiere ni ser negra...

Y no lo es. Todos se empeñan en que es más blanca o más negra. Y no: es Josefina Backer.

Voilà.

MANUEL ABRIL

Señores, una de dos...

Desde que empezó a sonar entre los grandes toreros Joaquín Rodríguez, *Cagancho* (de apodo bastante feo), que hoy tantas broncas recibe porque demuestra canguelo y toma los tres avisos como si fueran tres besos, la gente meticulosa y los periódicos serios se asustan del remoquete que desde niño usa el diestro (maloliente, malsonante y de mal gusto, por cierto), y lo modifican para que no haga tan mal efecto.

Tal proceder me parece digno de todo respeto;

pero yo digo a los que hacen remilgos al tratar de esto:

¿no nombran sin hacer ascos a *Chi-cago* y a *Ber-meo*?

¿No nombran también los calabacines y los tor-pedos, los *mojones* del camino y el *Continente euro-peo*?

¿No comemos *caca-huetes*?

¿No hay en los murcianos pueblos cá tartana y cá galera que al mejor "auto" dan celos?

Rezan a San *Ex-pedito*, sin hacer ascos ni extremos,

Luz, que es una *caca-túa*;

don *Si-meón Caca-seno*;

Lucas Gómez, que es un *caga-tintas*; Bernabé *Ro-meo*

y *Paca Agar*. Y hay ridículos pudibundos que hacen gestos al mencionar a *Cagancho*,

mientras no hallan incorrecto nombrar a doña *Fran-cisca*

Mier Daza, sin ir más lejos, y creen que mancha sus labios,

o sus plumas, el torero,

fijándose, no en si tiene valor o si tiene miedo,

sino en si lo que hace el hombre más bien es ancho que estrecho.

¿Esto es justo? No. Admitamos el "*Cagancho*" sin rodeos

o de todo nombre sucio prescindamos por completo.

JUAN PEREZ ZUÑIGA



DEL BUEN HUMOR AJENO



EL SUICIDIO POR P. AITERLAY

Cuando mi buen amigo Claudio decidió suicidarse en vista del progresivo aumento de precio de los artículos necesarios para la vida, en vista del desdén que las personas que compran cuadros mostraban para los que él producía, estuvo durante un buen rato meditando acerca del procedimiento que debía utilizar para abandonar este valle de lágrimas.

Sin embargo, mi amigo Claudio decidió pasar lo mejor posible aquel día que iba a ser el último de su existencia. Apenas levantóse del lecho se lavó, se afeitó escrupulosamente y fué a

dinero. Así, pues, renunció a abrirlas y lanzóse a la calle.

Comió bastante bien, bebió mucho mejor y, ya avanzada la noche, llegó hasta su casa. Subió difícilmente la escalera y en cuanto entró en su habitación dió vuelta a la llave del gas, ya que éste era el medio que había escogido para suicidarse.

Inmediatamente llegó hasta su cama y se echó en ella, sin desnudarse, todo lo largo que era. Cerró los ojos y se durmió. Pronto empezaron a zumbarle violentamente los oídos. Comenzó a soñar.

Sonó que había regresado a su casa completamente borracho, y que al llegar a ella, las cartas que dejó al salir, habían cambiado su contenido de un modo misterioso. La carta del sastre le rogaba ahora que se dignase pasar por su casa para convenir el precio de un cuadro que deseaba encargarle. Lo mismo rezaban las demás cartas de abogados, procuradores, etcétera. Hasta la carta del Juzgado municipal donde le amenazaban con el embargo, se trocaba ahora por una amable petición para que accediera a pintar un retrato que representase a la Justicia, y que constituiría un gran

honor para ellos colocar en lugar preeminente. A este fin le adjuntaban un cheque.

De pronto, comenzó a sentir una sensación extraña; algo así como un humo denso que iba adentrándose en su organismo y por momentos minando su existencia. Sentía una horrible presión en el pecho, una angustia espantosa al respirar y un oleaje furioso en toda su cara torácica. Comenzó a sentir los primeros síntomas de asfixia. Y por encima de todas sus sensaciones seguía viendo allí encima de su mesilla de trabajo, un sobre



De Punch.—Londres.
EN EL TRANSATLANTICO

LA PASAJERA.—Señor oficial, se me ha olvidado el número de mi camarote.

EL OFICIAL.—¿No recuerda usted ningún detalle?

LA PASAJERA.—Ah, sí; por la ventana se veía un faro.

lanzarse a la calle. Pero antes se detuvo a contemplar su correspondencia.

La repasó toda cuidadosamente, la primera carta que abrió era la de su sastre, que le amenazaba con enviar su factura al juzgado; otro le daba un término de veinticuatro horas para solventar una deuda con el fisco, y las demás no quiso abrirlas. Demasiado comprendió por los membretes que llevaban los sobres, de procuradores, juzgados, abogados, etc., que en ninguna de ellas le hablaban de entregarle



De The Humorist.—Londres.

—¿Tú crees que tu madre sospecha algo?

—Sí; está un poco escamada de que mi mano derecha no esté quemada por el sol.

blanco en cuyo interior estaba guardado el cheque. ¡Ah, si él pudiera sobreponerse y cerrar la llave del gas!

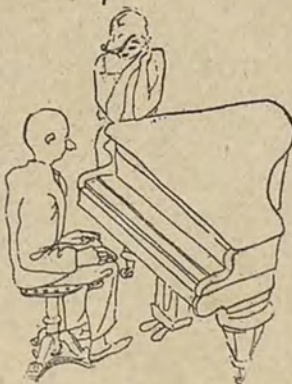
Hizo un violento esfuerzo y éste le despertó. La luz material entraba ya por las vidrieras de su balcón. El corazón le palpitaba fuertemente.

Y en efecto: sobre su mesa de trabajo se destacaba la albura de un sobre blanco.

Corrió loco, temblando de emoción, rompió el sobre y leyó.

En aquella carta se le manifestaba que la Compañía del gas, cansada de pretender en vano cobrar los dos recibos que adeudaba, le había cortado definitivamente el abastecimiento.

R. C. R.

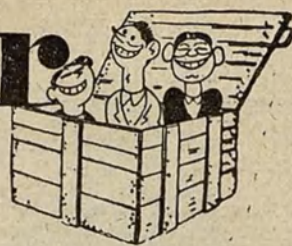


De Piccolo Espanagarcí.—Milán.

—¿Por qué apagas la luz para tocar el piano?

—Porque voy a tocar un "nocturno".

el buen humor del publico



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente **expón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

El colmo de un carpintero:
Cepillar las tablas de la Ley.
Perico.—(Las Almas).

En una discusión:

—...Y le pego una puñalada a usted u a otro cualquiera.

—Bueno, pues désela al segundo.

Gera.—Oviedo.

Entre obreros:

—Convéncete que el Comunismo sería lo más hermoso del mundo!...

—¡Ah, sí! ¿De modo que si tú tuvieras dos casas no tendrías

SEÑORAS SOMBREROS

Bonitos modelo fieltro desde

15 pesetas

LA HORRA Fuencarral, 26, etl.º

Visite su exposición

inconveniente en cederme una?

—No.

—¿Y si tuvieras dos millones en darme uno?

—No tendría inconveniente alguno...

—¿Y si tuvieras dos jamones en partírselos conmigo?

—Hombre, eso no...

—¿Y por qué aquello si y esto no?

—Pues porque los jamones ¡si que los tengo...!!

Pietín.—Enguera.

Un "cañi" que había tenido

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Don Faustino Reparón, al regresar de la oficina, ve que en el gabinete de su esposa hay un pobre hombre, todo roto y desastrado y con un enorme siete en la trasera del pantalón. Y curioso, interroga a su mujer:

—¿Quién es ese infeliz?

—Un profesor que va a venir a enseñarme el francés.

—¡Quia, hija! ¡Lo que te va a enseñar son los calzoncillos en cuanto se descuide!

Carlovingio.—Madrid.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

la suerte de estar al servicio de un corredor de comercio, regresó a Sevilla con algunas pesetas y una fachenda extraordinaria por haber andado muchas tierras. Como es consiguiente, exageraba las poblaciones que había visitado, de las cuales había que quitar la mayor parte. —Poz zi, zeñores—decía en la taberna de los Tres Reyes, ante un corro de admiradores que le escuchaban con la boca abierta—; he recorrido lo menos cinco o seis partes der mundo. ¡Camará, qué cosas se ven por esas tierras de Dió!

—Entonses—le preguntó un guasón—¿conosérás er nasimiento del Nilo?

El "cañi" quedó perplejo como recordando y al cabo de un momento dijo muy fresco.

—Home, er nasimiento no, poi que yegué argunos días después, pero tuve la satisfarsión de asistir ar bautizo.

Manuel Carbajosa.—León.

—¿Cuál es el colmo de un oculista?

—Curar las cataratas del Niágara.

Moisés Delgado.

En Sevilla:

Un gitano lleva a un compadre suyo, herrero, su jumento para que le ponga herraduras nuevas.

Deja el asno en la herrería y váse a hacer otros encargos de los que vuelve transcurrido algún tiempo y ve que su cahallería todavía está sin herrar.

—¿Y las herraduras?, pregunta a su tocayo.

—Compare con ellas ando.

Esperanza Vizcaino.

Barcelona.

Caso curioso:

En un barco de una Compañía X, figuraba en la tripulación un médico muy especial.

Si se le consultaba de mal en la garganta le recetaba

Gran Hotel Continental

Todo confort

Coso, 52. Teléf. 5-83

ZARAGOZA

"Gargarismos con AGUA SALADA".

Si para los dolores de estómago, mandaba "Compresas húmedas con AGUA SALADA".

Sus purgantes se reducían a la consabida AGUA SALADA.

Los fomentos y toda su terapéutica se encerraba en el AGUA SALADA.

Pero es el caso, que un día estando el barco en la bahía de cierto puerto, deseó salir a tierra a pasear, y al pasar de la escala al bote que tenía que conducirlo al muelle de desembarque, resbaló y cayó por entre el bote y el barco.

Los que lo vieron, acudieron a sacarlo, pero el marinero de guardia en el portalón andaluz por cierto, exclamó

¿LE GUSTA OLER BIEN?

Compre sus perfumes en

«LILLO».—FUENCARRAL, 62

en seguida: "¡Señores!: dejarlo tranquilo que es que se ha colao en la botica."

Uno de Lejona (Vizcaya).

—¿Por qué los indios no recibieron con grandes agasajos a Cristóbal Colón cuando descubrió América?

—Hombre.... es que con la "Pinta que llevaba...."

L. Lapuerta P.—Madrid.

TRICÓPILO ESTRAGUÉS

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA.—De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

Solución práctica:

Se presenta la flamante esposa en casa de su padre, y entre sollozo y sollozo, comunica a éste que su marido le

Jarabe de ciruelas PRUNI

Le gusta a los niños, pues no hay un purgante tan bueno y tan rico. ¡Hoy todos lo saben!

acaba de proporcionar una injusta bofetada.

Al rato de reflexión, el padre le suministra una segunda bofetada y le dice:

—Ahora ve y dile a tu marido, que él ha maltratado a



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agustó Figueras 8

mi hija, pero yo he pegado a su esposa.

El de la botica.—Barcelona

En un sitio céntrico del pueblo hay un "surtidor" de gasolina. Es tarde, y el que cuida del aparato duerme. Llegan un borracho, descuelga la manga, da a la manivela, sale el líquido, y empieza a beber el curda. Varios transeúntes que lo ven, llaman al del "surtidor", y dice uno:

—"Despierte, hombre, que ese beodo está bebiendo gasolina y se va a intoxicar".

El del aparato, despertándose, sobresaltado, ve al bebedor:

—"No tengan cuidado señores, este individuo es "chofer".

Balbino Blanco.
San Sebastián.

—¿Cuáles son los católicos más fervientes de España?

—Los notarios, porque casi siempre están dando fe, y el que da es porque tiene.

Francisco Quintana.—Castellón.

Había un hombre en un pueblo de aspecto tan ridículo, que todo el mundo se reía de él. Amostazado, acudió al juez denunciando a uno de los que más se burlaban.

El juez, dirigiéndose al demandado, le pregunta:

—¿Por qué hace usted eso?

—Yo no tengo la culpa—replica el demandado—de que a ese señor se le antoje pasar por mi casa siempre que yo me río.

Tercos.—Sanguiesa.

—¿Qué le daría usted a un señor que, debido a sus años no se atreve a bajar una cuesta de miedo a que se caiga?

—Pues yo le daría un palo.

Uno que no tiene tupé.
San Sebastián.

Después de una entrevista de tres horas:

La visita.—¿Quieres acompañarme hasta el tranvía, Pepito?

—No puedo — responde el niño.

La visita.—¿Por qué no?

Pepito.—Porque vamos a comer tan pronto se marche usted.

V. González.

Puerto de Santa María.

—Como te digo, estoy perdidamente enamorado de una hebrea.

—Pues nada; duro con otra.

—¿Cómo con otra?

—Naturalmente: las hebreas

Camisería de Salas

Ogran prestigio en Madrid la camisería de nuestro buen amigo Sr. Salas, dedicada con preferencia a la venta de géneros de punto, cuellos y punos, americanas para cocineros y camisas a la medida.

48, SAN BERNARDO, 48

son judías y las judías se repiten.

Francisco C. Mascaso.—Melilla.

—El colmo de la imprevisión de un "tenorio".

—Declararse a una mujer en el "cuarto de la plancha".

Emilio Mascort.—Sevilla

Un joven extremadamente obeso visita al médico.

—Doctor: imposible seguir más el régimen; cada vez estoy más grueso, en vez de adelgazar...

—Entonces, como no sea con régimen de bencina...

—¿Bencina...?

—¡Hombre, yo siempre oí

LA DALIA PELETERIA

Fuencarral, 56
Abrigos, cuellos manguitos, pieles sueltas, guantería, mercería.
Siempre novedades

decir que con bencina desaparece la grasa!...

Hércules.—Enguera.

La señorita.—Tomas: esta crema de limpiar el calzado, ¿es de la marca Shinola?

La criada.—Sí, Shinola.

Pedro Soria.—Madrid.

Durante la travesía Almería-Melilla desencadenóse tal temporal, que todos creímos perecer; tanto la tripulación como el pasaje pensamos no poder contarlo.

Entre el pasaje iba un matrimonio de lo más "cañi" que se ería y que compartía el miedo de todos. A la mujer, a cada bandazo, se le escapaba un "¡Ay, Grabiél, que se va el barco a pique!" Y así a cada instante.

Hasta que cansado el buen "Grabiél" de tanta monserga, se cuadra delante de su mujer, y la dice airado:

—Pos mala puñalá te den.

¡Déjalo que se vaya! ¿Es tuyo?

Uno del Uixan.—Segangan (Melilla).

—¿Cuál es el dinero que más luce?

—El que se gasta en una bombilla eléctrica.

Lolita Rios.—Madrid.

—¿Qué es una cosa que hacen y no hacen los pájaros?

—¿...?

—Pi-pi.

Chimbito.—San Sebastián.

En la escuela:

El maestro.—Vamos a ver, señor Gutiérrez: ¿quiere usted decirme algunas palabras que terminen en era?

El discípulo.—Cochera, papelera, palmera, menos la palabra borrachera, que termina en ido.

El maestro, extrañado.—¿Y por qué termina borrachera en ido?

El discípulo.—Porque todos los sábados se emborracha mi padre y termina por ser detenido.

López-Camacho.

Puerto de Santa María.

—¿Cuál sería el colmo de Charles Nicolás?

—¿...?

—Morir del baile de San Vito.

Lolita.—Madrid.

En la consulta:

—Está usted sumamente débil y, por tanto, tendrá usted

que renunciar a toda clase de trabajo de cabeza.

—Eso será mi ruina.

—¿Por qué?

—Porque soy peluquero.

C. Porrillo.—Madrid

—Señora: su perro me ha mordido en un tobillo.

—Naturalmente; tan chico como es no le va a morder en el cogote.

Guatolet.—Madrid.

MOISES Fábrica guantes
Fuencarral, 74 y 76
Las señoras elegantes
deben pedir siempre
GUANTES MOISES

—¿A qué está expuesto el que piensa poco las cosas?

—A que se le monte una liebre en la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque donde menos se piensa salta la liebre.

K. k. u. et.—La Puerta de Segura (Jaén).



LAXANTE
BESCANSA
TRATAMIENTO ORIGINAL
DEL
ESTREÑIMIENTO
POTEN EN TODAS LAS FARMACIAS

FELIX GOMEZ

Conde de Romanones, 3 y 5. MADRID

Estos antiguos y prestigiosos almacenes, popularísimos en toda España, cuentan con enorme clientela, a la que venden a plazos en condiciones inmejorables de surtido, calidades y precios, dando las mayores facilidades de pago. En sus distintas secciones de muebles, tejidos, sastrería, zapatería, relojes, géneros de punto, etc., se encuentran siempre las últimas novedades de los más prácticos y recomendables artículos. Cuantos tengan el buen gusto de visitar estos grandiosos almacenes quedarán satisfechísimos de su seriedad y facilidades para la venta.

CASA RAMOS

PELUQUERÍA DE SEÑORAS
La Casa predilecta del público elegante. Bisnóes. Artículos de Perfumería.
HUERTAS, 7. MADRID
Sucursal en VALLADOLID
Calle Duque de la Victoria.

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

C. C. A. Madrid.—Hace usted mal en confiar en que su artículo se publique en BUEN HUMOR, porque supóngase usted que nosotros nos negamos a publicarle, ¿y qué pasa?... Pues, sencillamente, que se va usted a llevar un disgusto sin necesidad.

N. C. B. Madrid.—Tenía usted razón. Sus cuartillas no sirven. Pero aquí de nuestro espanto: si había usted adivinado ya que no servían, ¿para qué narices nos las ha mandado?... Cosa es esa que no le perdonaremos con facilidad.

C. T. G. Huelva.—¿Qué usted es un escritor festivo con toda la barba?... ¿Y qué hace usted que no se afeita, para ponerse a la moda? Es la única cosa que se nos ocurre recomendarle.

U. M. R. Madrid.—¡Olé los tios bestias! ¡Es usted el amo de todos ellos, el primero, el as, la matricula de honor!... ¡Conmovidos, nos descubrimos respetuosamente ante el monumento de brutalidad, ante la pirámide de salvajismo, ante el Himalaya de asnería!... ¡Es indudable, no hay otro; puede usted sostenerlo a los cuatro vientos con el más enérgico de sus rebuznos!

A. R. L. Granada.
Su artículo es una cosa tan antigua como sosa, Y en vista de su sosería, va a Cestona a la carrera.

Cardíaco. Madrid.—Suponiendo que no sea usted cardíaco más que en el seudónimo, le decimos que su envío es una tremenda estupidez. Si es usted cardíaco de verdad, y la noticia le produce la muerte, ¡qué en paz descanse!... ¡Y así descansaremos nosotros también!

Dolorcillas. Bilbao.—Hermosa y soltera señorita: es ciertísimo que el feminismo triunfa en todo el mundo y en par-

te del otro, aunque a veces se quede sin triunfar como ha pasado ahora con las suaves, satinadas y perfumadísimas cuartillas con que usted nos ha favorecido sin merecerlo nosotros ni tanto así.

Marcelino. Soria.
¡Caramba con Marcelino!
¿Por que es usted tan cochino?

B. A. D. Madrid.—¿Qué usted no es un bruto como otros de los que vienen aquí?... No sé, no sé, pero nos parece que le va a costar a usted un trabajo hercúleo el demostrárnoslo.

Cifuentes. Madrid.—Se acepta su trabajo, principalmente por la simpática modestia con que se nos brinda, aparte de que no es ninguna tontería ni mucho menos, aunque nos figuramos que usted todavía lo puede hacer mejor, cuando no esté tan nervioso como en esta primera aventura literaria.

R. V. T. Valencia.—Mussolini será todo lo que usted quiera, pero usted es un categórico mentecato aunque no quiera.

Pelón. Madrid.—Eso es más viejo que D. Emilio Thuillier, dicho sea con perdón de don Emilio y de usted.

El tremendo. Málaga.—No sirve, tremendo amigo.

H. L. N. Palencia.—Es más malo que un catarro en el Polo Norte.

Lista de caballeros literatos, título de sus producciones, que a pesar de no habernos sugerido ningún comentario guasón ni irrespetuoso, tampoco han logrado alcanzar nuestro beneplácito incondicional.—Forman la serie de originales, infaustamente desestimados, las siguientes cosas y los consiguientes autores: *Humorismos rápidos* (por Juan de las Viñas, de Santa Cruz de Tenerife); *¿Dónde es-*

tán las llaves? (por D. F. C., de Barcelona); *La falsificación* (por Orión, de Alhucemas); *Añoranzas* (por Gala, de Herrera del Pisuerga); *La calandracosis del doctor Salandria* (por Chispas, de Cádiz); *Las figuras del Museo del Prado se aburren* y *¿Es el hombre-pájaro el hombre del futuro?* (por J. B. V., de Madrid); *La última aventura* (por Ali K. T., de Gijón); *La influencia del medio* (por Abd-el-Aida, de Madrid); *Gerimello Pérez Murga* (por Gecé II, de procedencia ignorada); *Divagaciones nasales* y *El Job irracional* (por R. V. M., de Sevilla); *Las píldoras del doctor Rodríguez* (por A. R., de Gijón); *Un artista pintor* (por J. R. de D., de Huelva); *Y el duelo quedó sin efecto* (por A. B. T., de Valladolid); *Un cuento superrealista* (por L. S. G., de ciudad desconocida); *En capilla* y *Uno que sabe viajar* (por L. de B., también de población misteriosa); *La carne flaca* (por R. G. C., de Bayona); *El casamiento de Calabacín* (por V. M. y S., de Melilla); *A un amigo en su despedida de soltero* (por J. H. P., de Barcelona); *Un hombre desgraciado* (por J. R. V., de Madrid); *Una aventura del doctor Fox* (por A. U. y F., de Málaga), y, finalmente, *Una vulgaridad*, *Plumazos* y *El Club Notable* (por Zeupín, de Alicante).

S. Villafañe. Valladolid.

No es correcto que yo engañe al amigo Villafañe. Y, por tanto, muy formal, le digo que pinta mal.

¿Que puede acabar pintando mejor cualquier día?... ¡Pues con decirle ese día lo contrario estamos arreglados, y todos tan contentos; pero por ahora no puedo decir más que lo que he dicho!...

El negro. Madrid.—Distinguído negro de mi alma: ¡déjese de molestar a las musas y váyase usted al jazz-band! ¡Y si no quiere usted irse al jazz-band, váyase a la porra y escriba en llegando! ¡Pero, por fa-

vor, que lo que escriba no sean versos festivos! ¡Ya basta con los que acabamos de hacer pedazos en este momento!

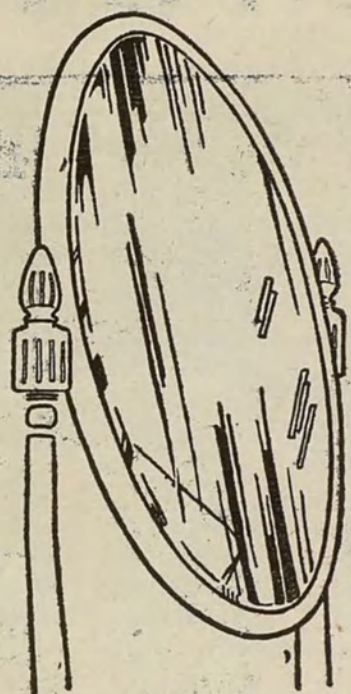
C. F. Barcelona.—¡Nada, que no acierta usted ni una!... Nos hacemos cargo de lo desesperadísimo que estará usted... ¡Pero consuélese pensando que nosotros estamos ya hasta el rizado tupé que nos adorna!...

CANAS

AGUA DE COLONIA
INGENIERIA
LA CARMELA
ELABORACION ESPECIAL
100% CARO

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro. Santiago; y Sucursal de Barcelona. Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA. — HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES. — SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA. — BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR. — ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE.

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS

CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO - URQUIOLA - MAYOR. 1 -

MADRID

BUEN HUMOR



--Estas mujeres ganan mucho en escena.

--¡Quiá!, no lo crea usted: cuarenta reales, a lo sumo.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. MAXIMO.—Madrid.